

mos que la explotación ilimitada de los espíritus como mercados conduce a una ruina comparable a la que [los imperialismos de todo signo] han sido capaces de crear [en su inconsciente depredación], nos dirigimos ineludiblemente hacia una explosión social global, es decir, hacia la guerra absoluta.

Hoy, esta explosión es inminente. Todos nosotros lo sabemos y lo tememos, pero también lo reprimimos y lo negamos, y lo hacemos para seguir viviendo con dignidad [dignement]. Sin embargo, esto es algo que ya no puede reprimirse: en la etapa en la que hemos entrado, esto se convierte, precisamente, en indigno [indigne] y literalmente cobarde. (pp. 5-6)

Coda

Con su lógica del capital y la tiranía del número, la cultura virtual nos somete cada vez más al reinado del algoritmo que, en su velocidad e inmediatez eléctrica y su automatismo, impide el trabajo necesario para inyectar el sentir a las cosas y cultivar el eros. Vivimos de esta manera en una realidad apática pero abrumadora que se traduce en la trágica e inútil búsqueda de sentido. Obsesionados con la información y los datos, Han (2021) lo advierte, nos vamos intoxicando con la comunicación, atacados por la infomanía.

Y como todo es reducido a información, y la información es transparente, desaparece de su ámbito todo aquello que no lo sea. En ese sentido, el orden digital esteriliza la existencia humana y elimina toda opacidad. Al convertirse todo en dato, no es ya necesario el proceso metabólico mediante el cual transformar la información en experiencia, en cultivar la propia subjetividad.

Se trata, en efecto, de una lamentable pérdida. Pero, siendo fieles a la naturaleza farmacológica de lo digital, ¿no habría que preguntarse si esa pérdida no está ocultándonos una nueva entrada, un nuevo horizonte o aun posibilidades de nuevo sentido que no po-

demos aún imaginar? En todo caso, ¿qué nueva dosificación sería la necesaria para que el fármaco no se vuelva veneno?

Referencias

- Agamben, G. (1993). *Infancy and history: Essays on the deconstruction of experience*. Verso. (Trabajo original publicado en 1978).
- Benjamin, W. (2003). *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Itaca. (Trabajo original publicado en 1936).
- Flusser, V. (2017). *El universo de las imágenes técnicas: Elogio de la superficialidad*. Caja Negra. (Trabajo original publicado en 1985).
- Han, B.-C. (2021). *Non-things*. Polity.
- Heidegger, M. (1960a). La época de la imagen del mundo. En M. Heidegger, *Sendas perdidas*. Losada. (Trabajo original publicado en 1950).
- Heidegger, M. (1960b). ¿Para qué ser poeta? En M. Heidegger, *Sendas perdidas*. Losada. (Trabajo original publicado en 1950).
- Hyde, L. (1983) *The gift: Imagination and the erotic life of property*. Vintage Books.
- Sardello, R. y Severson, R. (1983). *Money and the soul of the world*. The Pegasus Foundation.
- Stiegler, B. (2010). *Technics and time, 3: Cinematic time and the question of malaise*. Stanford University Press. (Trabajo original publicado en 2001).
- Stiegler, B. (2013). *What makes life worth living: On pharmacology*. Polity.
- Stiegler, B. (2019). *The age of disruption: Technology and madness in computational capitalism*. Polity.

Calibán -
RLP, 21(1),
223-227
2023

Victoria Brocca*

Masculinidades violentas y erótica criminal en el tsunami neoliberal

En años recientes hemos presenciado en México un incremento en los niveles de violencia. Este fenómeno, en principio, como espero mostrar, se vincula a los cambios experimentados en la economía global y local. Sin embargo, asimismo, las fallidas estrategias de seguridad y combate al narcotráfico seguidas por los gobiernos -en particular, desde 2006, con la llamada guerra contra el narcotráfico instrumentada por el entonces presidente Felipe Calderón Hinojosa- han desembocado en una espiral creciente de violencia que cada vez más afecta a segmentos de la población ajenos a esa dinámica.

Este fenómeno ha venido aparejado con la tendencia a hacer un espectáculo de los hechos criminales cometidos por la delincuencia organizada, destinado a amedrentar a la población, particularmente cuando se refiere a los asesinatos de mujeres, que son funcionales a esta lógica depredadora; imágenes que son difundidas en los medios masivos de comunicación y que revelan, además de las fallas en la administración de justicia, los descuidos de una sociedad que no garantiza la seguridad de las mujeres (Berlangua, 2018, p. 91).

El uso del terror no es nuevo. Se trata de una herramienta empleada desde tiempos inmemoriales como recurso en la guerra o en regímenes autoritarios. En nuestro continente hemos tenido muchas muestras de ello, antes y después de la conquista española. En el siglo XX, la dictadura instaurada en Chile por Augusto Pinochet en 1973 es un ejemplo; como

un poco antes lo fue en Guatemala, en la década de los setenta y parte de los ochenta, la práctica genocida practicada desde el Estado contra la población indígena.

El experimento chileno sirvió para instaurar a punta de bayonetas el modelo neoliberal que poco después se extendería a todo el planeta para reconfigurar las economías con modelos de producción flexible y que desembarcaron, por un lado, en excedentes de la mano de obra que el sistema productivo no ha sido capaz de absorber, y por otro lado, en la dislocación y desterritorialización de la producción. Proceso que ha sido acompañado de una progresiva reducción del papel del Estado en la economía en beneficio exclusivo de la lógica del mercado (Brocca, julio de 2016).

La recolocación de la economía mundial ha sido posible también por el progresivo desmantelamiento de los derechos laborales, que han abonado el terreno para que con la instauración de estados de excepción, de enorme ambigüedad legal, como ha analizado y teorizado Agamben (2003/2005), muchas vidas consideradas desechables sean arrasadas por la violencia ejercida desde dentro o fuera del aparato estatal, en una zona oscura donde quienes representan la ley muchas veces se confunden con los criminales a los que supuestamente combaten.

Otro fenómeno al que hemos asistido en México es la imbricación de la economía legal con la economía criminal, y la transnacionalización de las actividades de los grandes cárteles que abarcan y lucran con actividades legales del sector formal de la economía, no solo

* Escritora y dramaturga.



Sophie Calle
The Sleepers - Jean-Yves Le Gavre | *Les Dormeurs* - Jean-Yves Le Gavre, 1980
 © Sophie Calle / ADAGP, Paris 2023. Courtesy Perrotin

para el blanqueamiento de capitales, sino en el sector extractivo: robo de combustibles, madera, minerales, además de gestionar trabajo forzado, trata de mujeres y niños, secuestro y extorsión de migrantes, entre otros rubros que abarcan todos los delitos contemplados por los marcos internacionales relacionados con la seguridad, excepto el desecho de materiales tóxicos, sobre el cual la delincuencia organizada italiana aún conserva el monopolio.

Por otro lado, asistimos en lo social al desmoronamiento del tejido comunitario, no solo porque la violencia se ha traducido en la expulsión o abandono de territorios por parte de sus poblaciones, sino porque también el individualismo fomentado por el nuevo modo productivo ha resultado en que la relación social se establezca a partir del consumo, eje de la economía neoliberal, y entre consumidores que intercambian productos, tanto en la vertiente legal como ilegal, como en el narcotráfico.

A lo anterior se ha sumado la desaparición y ejecución por parte del crimen organizado de las voces más críticas dentro del periodismo que han buscado difundir los hechos de esta cruenta guerra. México ocupa uno de los primeros lugares en el mundo por este concepto. Según reporta la agrupación Reporteros sin fronteras (25 de agosto de 2022), de los catorce asesinatos de periodistas ocurridos hasta hoy

durante este año, en diez de los casos se asocia la muerte al ejercicio de su profesión.

Los sicarios o pistoleros que han sido utilizados por las mafias criminales para ejecutarlos y silenciarlos son también el brazo ejecutor de muchos de los crímenes cometidos por esas bandas en contra de sus rivales o de la población en general, en su búsqueda de maximizar ganancias. Aunque han proliferado los relatos sobre las figuras más visibles de estos grupos, ha sido poco investigado qué es lo que mueve a estos perpetradores y cuáles son los mecanismos que inciden en su inserción en la maquinaria criminal.

Sayak Valencia (2010) se ha referido a estas personas con el término de *endriagos*, haciendo uso de una figura literaria que designa a un ser monstruoso, empleada por Lope de Vega, y a un modelo de producción flexible que en el nuevo modelo de producción hace de ellos una especie de proletariado precarizado del que se valen las maquinarias criminales, en particular los grupos del narcotráfico. Grupos en los cuales el uso de la violencia extrema como recurso de necroempoderamiento opera para la visibilización de los crímenes donde se estampa en los cuerpos la marca distintiva del grupo y, simultáneamente, como parte de la competencia en el interior de las organizaciones donde

estos sujetos se desenvuelven, ya sea para morir o para ir ascendiendo en la jerarquía. Ellos y sus corporalidades desechables aseguran el funcionamiento de los pactos con el neoliberalismo patriarcal y sus objetivos.

El surgimiento de estas prácticas violentas criminales se inscribe en la lógica capitalista neoliberal por parte de quienes las perpetran y se acompaña de una serie de productos de la industria cultural que, por medio del cine, la música y la literatura (y la propia nota roja), cumplen la función de instaurar, legitimar y reproducir identidades violentas o incluso criminales (Valencia, 2018).

El poder retoma símbolos y características existentes en el imaginario colectivo que refleja los prejuicios latentes, a fin de construir un sujeto social como negativo y diferente (Feierstein, 2008).

Este régimen de control, producción y seducción que se consume contemporáneamente de manera estetizada es una forma de dar continuidad a la instrumentalización de la violencia. La producción, distribución y consumo masivo de imágenes violentas transmitidas por diversos medios es una de las herramientas más efectivas del conglomerado capitalista y necropatriarcal para instituir, distribuir y normalizar las violencias contemporáneas aplicadas sobre el cuerpo social. Ahí se entrecruzan tres regímenes: el soberano, el disciplinario y el neoliberal, los cuales cuentan con herramientas de control y explotación vinculadas con la necropolítica (Mbembé, 2006), la biopolítica (Foucault, 1975/1978) y la psicopolítica (Valencia y Sepúlveda, 2016, pp. 78-79).

El propósito de la psicopolítica, en particular, es borrar la subjetividad y eliminar la singularidad, mediante el reforzamiento de jerarquías establecidas con base en la diferenciación racial, de clase y de género.

Diversos estudios sobre masculinidad, feminicidio, crímenes y narcocultura han ido desmontando el subtexto de género del crimen organizado, en particular el narcotráfi-

co, el cual se sostiene y desarrolla a partir de ideología, identidades, prácticas y relaciones de género, que son elementos fundamentales que lo definen y permiten su reproducción, a través del reclutamiento de sujetos desde la pubertad o adolescencia, que van adquiriendo capital económico (dinero, armas, joyas) y capital simbólico (heterosexualidad a toda prueba, disponibilidad de mujeres, respeto de pares, influencia social), pero que también deben continuamente demostrar su hombría con arrojo, valentía, control emocional e indiferencia al peligro propio o ajeno (Núñez Noriega, 19 de febrero de 2020).

Un mundo donde se replica de manera grotesca la lógica despiadada del régimen capitalista neoliberal, no solo en la figura de los capos, sicarios, mujeres sicarias o *buchonas* (amantes aspirantes a esposas de los narcos) y la construcción de sus identidades *endriagas*, sino también en los métodos con los cuales operan, que replican la maximización de ganancias y eficiencia con el mínimo costo, no solo en la producción, sino también en la forma de proceder con los desechos, como relatan algunos de ellos en el proceso de ejecutar, fragmentar y disolver los cuerpos. Proceso que en muchas ocasiones involucra comenzar a destazar a las víctimas con motosierras aún en vida, arrojar las vísceras a los animales y disolver los cuerpos en ácido (García, 2018, p. 48).

En *Contrapedagogías de la crueldad*, Rita Laura Segato (2018) ha reflexionado sobre estos ejes también, cuyo fundamento se basa en la cosificación de la vida y su transformación en mercancía.

El machismo está en el centro de cómo se construye la identidad masculina hegemónica, como revelan las entrevistas realizadas a exnarcos por Karina García (2018). Una de las características centrales de esta masculinidad es la ejecución de acciones violentas, por medio de las cuales, además de conservar la propia vida, son respetados, ganan dinero y logran un estatus tanto en el interior de las bandas como socialmente, por su poder de consumo.

En ese horizonte, el futuro no existe, solo la muerte está siempre presente. Y es a ella a quienes algunos de ellos ofrecen víctimas sacrificiales –que incluyen niños–, a las cuales torturan antes de ejecutarlas en rituales de sangre.

Esta serie de “saberes” fue desarrollada en México, en sus inicios, por el grupo criminal de los Zetas, constituido por exmilitares mexicanos pertenecientes a grupos de élite, entrenados en Estados Unidos para combatir antiguerrilla, y que, luego de desertar del ejército, pasaron a formar parte del equipo de protección de Juan García Ábrego, líder del Cártel del Golfo y hoy encarcelado en Estados Unidos. A este grupo se incorporaron también elementos del ejército guatemalteco, pertenecientes a grupos especiales entrenados en contrainsurgencia, conocidos como kaibiles (Fuentes Díaz, 2012, p. 42).

En Guatemala los kaibiles fueron quienes entrenaron en su momento a los llamados pelotones de la muerte que fueron usados en Guatemala en las prácticas genocidas contra la población indígena, especialmente contra las mujeres. Para demostrar la hombría, ciertos rituales eran importantes con el objeto de demostrar su potencia sexual, pero, a la vez, los lazos entre hombres establecían un pacto de complicidad que se sellaba con el silencio (Paz Bailey y Figueroa, 2014).

Ahí, como poco a poco ha ido saliendo a la luz, se aplicó para su formación una pedagogía de la crueldad a los jóvenes campesinos e indígenas que fueron reclutados de manera forzada, que cambió su vida y la de sus víctimas para siempre.

En los ejes de su formación, la masculinidad y los valores asociados a ella –la represión de sentimientos y la apropiación del cuerpo de las mujeres– fueron usados como herramientas para configurar su nueva identidad y sentido de identificación con el grupo.

Resulta revelador cómo relatan dos exreclutas la violación de una prostituta, su asesinato y desaparición, en Guatemala, durante su entrenamiento con los kaibiles:

Dos muchachas, prostitutas, se paseaban por el parque. [...] Las órdenes las daba un sargento [...]. ¡Traigan a esas putas!, gritó. Seis soldados fueron por ellas, las trajeron cargadas, las metieron al destacamento y las desnudaron completamente. A una se la llevaron a la cocina y a la otra al patio. La de la cocina pudo escapar. El propio sargento dio órdenes a todos los soldados de hacer una fila, para pasar uno por uno sobre la [otra] prostituta. (Paz Bailey y Figueroa, 2014, párr. 44)

La mayoría de las violaciones sexuales se realizaron cuando se intensificó el genocidio y se exacerbó la violencia, sobre todo a finales de la década de los setenta e inicio de los años ochenta.

En un conflicto armado en Guatemala que duró 36 años y que resultó en más de 150.000 ejecuciones extrajudiciales y 45.000 desaparecidos. Y donde la violación sexual fue usada por el Estado para destruir la continuidad biológica, social y cultural del pueblo maya, a través del cuerpo de las mujeres (Fulchiron, 2016).

Otro elemento que contribuyó a la construcción de la otredad para legitimar el terrorismo de Estado y que esos jóvenes ejecutaran masacres y llegaran a violar a las mujeres en sus propias comunidades giró alrededor de la figura del “indio”, término con el que quedó marcada la población en la conquista española, y el concepto de enemigo interno, como se nombró a los disidentes del régimen en el combate por parte del gobierno guatemalteco contra el comunismo, durante los años de la Guerra Fría.

Como parte de su disciplinamiento, “los reclutas forzados fueron obligados a vivir en un ambiente de miedo y obediencia [...] en una situación de desamparo” (Paz Bailey y Figueroa, 2014, párr. 28). José, uno de ellos, narra: “lo que nos daban para ser valientes, era que nos daban carne y sangre de perro [...] porque dice que el perro nunca retrocede, el perro siempre va adelante” (párr. 38).

También en esos testimonios puede leerse el miedo y la crueldad con los que fueron tratados como parte de su entrenamiento.

La atrocidad sobre el cuerpo, que puede leerse como un vaciamiento de la vida, es un asunto decididamente político, como puede advertirse a lo largo de estas páginas. Y el Estado es uno de los actores fundamentales de esta estrategia depredadora, sea por omisión, complicidad o la revictimización y exhibición de su pedagogía de la crueldad para “aleccionar” a la población sobre las leyes no escritas del pacto patriarcal que lo sostiene, a través de una construcción binaria y racializada de género.

Urge tomar medidas de prevención y fortalecimiento de los lazos sociales, tanto en el ámbito público como en el de la sociedad civil, para desactivar estas dinámicas de agenciamiento violento, tanto en el ámbito familiar como en el interior de las comunidades, sobre todo con las poblaciones de niños y jóvenes, así como la implementación de medidas de protección y cuidado para las mujeres. Es necesario profundizar también en la investigación sobre los detonantes de estas dinámicas conformadoras de masculinidades violentas para desactivarlas. Una tarea que, sin duda, solo habrá de rendir frutos a largo plazo, pero que resulta impostergable para sembrar un mejor horizonte de convivencia y respeto en nuestra América.

Referencias

Agamben, G. (2005). *Estado de excepción: Homo sacer*, 2, 1. Adriana Hidalgo. (Trabajo original publicado en 2003).

Berlanga, M. (2018). *Una mirada al feminicidio*. Itaca.

Brocca, V. (julio de 2016). *Necropolítica, circulación de cuerpos y capitales*. Ponencia en el Coloquio La idealización de Europa: Bordes entre psicoanálisis y decolonialidad, Coloquio sur, Museo Universitario de Arte Contemporáneo de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Feierstein, D. (2008). *Seis estudios sobre genocidio. Análisis de las relaciones sociales: Otredad, exclusión y exterminios*. Editores del Puerto.

Foucault, M. (1978). *Vigilar y castigar*. Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1975).

Fuentes Díaz, A. (2012). Apuntes sobre violencia, gobier-

no y subjetividad en México y Centroamérica. En A. Fuentes Díaz (ed.), *Necropolítica, violencia y excepción en América Latina*. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Fulchiron, A. (2016). La violencia sexual como genocidio: Memoria de las mujeres mayas sobrevivientes de violación sexual durante el conflicto armado en Guatemala. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 61(228), 391-422.

García, K. (2018). *Poverty, gender and violence in the narration of former narcos: Accounting for drug trafficking violence* [tesis doctoral]. Universidad de Bristol.

Mbembé, A. (2006). *Necropolítica*. Melusina.

Núñez Noriega, G. (19 de febrero de 2020). Analizar las masculinidades en México. *Nexos*. <https://www.nexos.com.mx/?p=46882>

Paz Bailey, O. P. y Figueroa, C. (2014). Masculinidad, violencia sexual y género en el genocidio en Guatemala durante el conflicto armado. *Historia y Justicia*, 3. <https://journals.openedition.org/rhj/5237>

Reporteros sin fronteras (25 de agosto de 2022). 2022 es ya el año más mortífero para los periodistas en la historia del país. *Reporteros sin fronteras*. <https://rsf.org/es/2022-es-ya-el-a%C3%B1o-m%C3%A1s-mort%C3%ADfero-para-los-periodistas-en-la-historia-de-m%C3%A9xico>

Segato, R. (2018). *Contrapedagogías de la crueldad*. Prometeo.

Valencia, S. (2010). *Capitalismo gore*. Melusina.

Valencia, S. (2018). Has llegado al fin del mundo: Aquí hay dragones endriagos. *Taller de Letras*, 63, 131-146.

Valencia, S. y Sepúlveda, K. (2016). Del fascinante fascismo a la fascinante violencia: psico/bio/necropolítica y mercado gore. *Mitologías hoy*, 14.